

brilla con más fuerza su luz inagotable. Esto, poco más ó ménos, ocurrió en el semblante de la jóven, pues la sonrisa reapareció en sus labios, disipáronse las sombras de su rostro, y prorumpió en una carcajada, en la misma carcajada que hacia estremecer á Lanuza siempre que la oía.

—No os enfadeis conmigo, le dijo con cariñoso acento; mi risa no debe ofenderos; ántes bien debe persuadiros de la complacencia con que os escucho. No es posible hablar con vos formalmente. Teneis el privilegio de llevar mi atencion de sorpresa en sorpresa, y ahora os veo empeñado en convencerme de que yo soy otra, ó de que hay otra que soy yo. Explicadme eso, que os prometo oiros sin pestañear; me vais á tener encantada.

Miguel se aplomó sobre el asiento que ocupaba como el jinete que se afirma en la silla, y contestó diciendo:

—Sois terrible, señora; pero me siento con valor bastante para arrostrar vuestra burla. ¿Qué quereis? Por raro que os parezca el caso, yo os repito que sois la misma y sin

embargo sois otra. Vuestras facciones, vuestra voz, lo azul de vuestros ojos, lo rubio de vuestros cabellos, forman un conjunto, en el cual sois ella con decidida semejanza. Cuanto más os contemplo, cuanto más atentamente os examino, más fielmente se une vuestra imágen á mi recuerdo, y siento poderosos impulsos de preguntaros quién sois; pregunta inútil, que se detiene en mis labios, porque fuera de la viva semejanza que vuestra belleza ofrece, todo lo demas me dice que no sois ella.

—Vamos, dijo Herminia, ya os voy comprendiendo: me amabais ántes de conocerme, ó más bien vais á hacerme el amor por sustitucion. El método no es enteramente nuevo, pero está poco usado. Vais á hablarme de una mujer á quien habeis amado con toda vuestra alma, de la cual soy yo un vivo retrato; excusado es decir que esa mujer despertó en vos el primer cariño, el dulce fuego de las primeras miradas, las tiernas ánsias de los primeros suspiros. En mi presencia, por la fuerza retrospectiva del parecido que en mí encontrais, se renueva en vuestra me-

moria el recuerdo de aquellas delicias pasadas, de aquellos sueños desvanecidos, de aquellas esperanzas perdidas; se renueva todo el encanto de aquel amor fugitivo, que brilló en el cielo de vuestra vida como un relámpago, ó más bien como aurora pasajera. En mí veis la imágen de aquella mujer querida, veis en mis ojos sus miradas, en mis labios sus sonrisas, y ois su voz en mis palabras. Sois un seductor temible, vuestro recurso es de un efecto seguro. Ya veis que yo lo he comprendido, y no obstante, os confieso que ese amor que mi presencia os recuerda, me inspira interes. Por de pronto habeis cautivado mi curiosidad, y aunque eso no es bastante, siempre es algo. No me negaréis que soy ingenua.

Miguel contestó:

—Sobre todo, sois perspicaz.

—Mucho, añadió ella.

—En ese caso no se os ocultará la poderosa influencia que ejercéis sobre mí.

—Sí, reconozco que brillo á vuestros ojos como la luna con la luz que el sol le presta; mas me conformo con mi suerte.

Contadme la historia de ese primer afecto, que llenó vuestro corazón de dulces esperanzas. Será un tierno idilio; imaginaos que yo soy *ella*. Esperad: para que el efecto sea seguro y la ilusion completa, decidme ante todo si era altiva ó humilde, triste ó risueña; si poseía la encantadora malicia de las mujeres ó la sencilla inocencia de los ángeles. Dadme una idea de su alma, porque quiero en todo parecerme á ella.

—Su alma, contestó Miguel, se reflejaba en su semblante como en un espejo; por sus ojos miraba la inocencia, la bondad sonreía en su boca.

Tomó Herminia la actitud más candorosa del mundo, alzó los ojos con expresion compasiva, y reprimiendo apénas el impulso espontáneo de un suspiro indiscreto, preguntó con tristeza:

—¿Y os olvidó?

—Sí, contestó Miguel.

Hubo un momento de silencio, durante el que movió Herminia la cabeza con aire reflexivo. ¿Era lástima ó duda? Miguel no supo á qué atenerse, y añadió:

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA III T. IRIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

—El mundo se interpuso entre nosotros.

Lo creo, dijo ella, porque ésa es precisamente mi historia. Nos une el lazo de la misma desgracia. Ay, añadió lanzando un suspiro del fondo de su alma, ¡era yo tan dichosa!

Miguel se mordió los labios, diciendo:

—Con Lord Walbrook habeis hablado de venganza.

—Sí; el amor se venga amando.

—No es una venganza muy terrible.

—Más de lo que imagináis.

Vaya V. á penetrar en los abismos del corazon humano, y acabará por perderse en sus profundas oscuridades. Miguel ha oído desde su escondite la conversacion de Herminia con Lord Walbrook y ha experimentado un pesar indecible al comprender que la jóven es víctima de un amor desgraciado. Y no es compasion la que siente; son celos; celos inexplicables, y por lo mismo más agudos y más crueles. Ya se ve; lo singular de la aventura, el éxito feliz con que habia acudido en su socorro, la belleza deslumbradora de la misteriosa hija del excén-

trico inglés, eran circunstancias bastantes para levantar en la imaginacion irreflexiva de un jóven el fantástico edificio de un amor novelesco. Pues añádase á esto la semejanza de Herminia con Magdalena, y lo que es más, toda una noche escondido por ella misma, oyendo al traves de la pared su voz, sus palabras, sus respiraciones, sus pasos, y será preciso convenir en que Miguel tenía razon bastante para abandonar su pensamiento á las locas esperanzas de una pasion impetuosa, cuyo gérmen llevaba en el fondo del alma en el recuerdo de Magdalena. No sentia, segun él pensaba, el fuego de una pasion repentina, sino el dulce, el apacible calor de una ternura resucitada; porque Herminia era Magdalena; pero Magdalena realzada por la opulencia, engrandecida por el lujo, adornada con todos los encantos de una educacion brillante. La habia dejado en una boardilla y la encontraba en un palacio. La costurera se convertia á sus ojos en reina. Magdalena fué la aurora, cuya tímida claridad anuncia el dia; Herminia era el sol que inunda el cielo con sus resplandores; fué la primera la

vision fugitiva de sus sueños, y era la segunda la realidad resplandeciente de la mujer soñada. Confundiendo á las dos en un mismo sentimiento, podia adorar á Herminia y amar á Magdalena; en su corazon, la una no era más que la continuacion de la otra.

Herminia, hija de Lord Walbrook, bien podia sustituir á Magdalena, hija de Juana. Ésta era un dulce recuerdo, aquélla una bella esperanza, y ambas, uniéndose como la noche que se aleja y el día que se adelanta, envolvían su espíritu en las dulzuras de lo pasado y en las delicias de lo porvenir. ¡Hermoso crepúsculo!

Acaso este doble modo de sentir no se sujete á las severas reglas de la constancia, pero téngase en cuenta que si en el pensamiento de nuestro héroe habia dos nombres, en su corazon no se encontraba más que una imágen.

En tal situacion de ánimo, ¿qué habia de hacer durante el tiempo que permaneció encerrado en su escondite? Lo que cualquiera de nosotros habria hecho en su lugar; lo que hace el pájaro inquieto preso entre los

dorados alambres de la jaula. Agitó las alas de su imaginacion, voló por los espacios imaginarios que abria á sus ojos risueña fantasía; y saltando de pensamiento en pensamiento, de deseo en deseo, de esperanza en esperanza, soñó despierto realidades de quiméricas delicias, aspirando con ánsia los delicados perfumes que le ofrecia la virginidad de aquel corazon, que, por supuesto, daba ya por suyo.

No debe sorprendernos semejante confianza; ninguna mujer es insensible al beneficio de verse tan audazmente socorrida en momentos tan críticos y de un modo tan extraordinario. Herminia, cuando ménos, debia sentir gratitud hácia aquel hombre desconocido, que tan noblemente se habia interpuesto entre ella y el asesino. Despues debia experimentar admiracion, la admiracion que causa el valor. Realmente, su situacion era para concebir esperanzas, y en honor de la verdad, pocos hombres se habrán visto en mejores condiciones para concebirlas. La cosa se le presentaba bajo tan felices auspicios, que no habia más que coser y cantar.

Imaginémonos ahora el efecto que en él causaría la conversacion habida entre Herminia y Lord Walbrook, cuya parte importante he relatado en el capítulo anterior, y de la que no perdió palabra. Nunca es más terrible una puñalada que cuando ménos se espera. Verse precipitado desde las alturas de las más risueñas esperanzas al abismo del más cruel desengaño, es una caída mortal. Todo el castillo de naipes de su felicidad vino al suelo, y al abrirse aquella estancia, estrecha como un ataúd y oscura como un sepulcro, en que Herminia lo tuvo escondido, salió como un cadáver, muertas sus esperanzas, muertas sus ilusiones, muerto todo el encanto de su feliz aventura. Salía herido de muerte en su amor y en su vanidad. Aquello era una burla de su suerte, una terrible irrisión de su destino; era un solemne chasco.

Se indignó interiormente contra Herminia, que habia tenido la debilidad de amar á otro ántes de verlo á él, y tuvo aquel amor ¡ parece mentira! por una infidelidad; y allá en el fondo de su alma llegó hasta el extremo

de llamarla ingrata. Vamos, en el corazon humano pasan cosas muy singulares.

Del desaliento pasó al enojo, del enojo al desden, y la soberbia encendió su alma gritándole: «Cobarde»; y se juró á sí mismo emprender inmediatamente la conquista de aquel corazon, que parecia inaccesible. Le halagaba la perspectiva de la lucha que se habia propuesto emprender, y decidió entrar en campaña ántes de perder la posicion en que se hallaba, decidido á conservarla á todo trance. Conoció pronto que el enemigo con quien tenía que habérselas era hábil, diestro, temible, y estas mismas dificultades excitaban su ardor, provocándolo al combate.

Ya hemos presenciado la primera escaramuza.

La posicion de Miguel era sumamente estratégica. Sea como quiera, él se encontraba en las habitaciones de Herminia, oculto por ella misma; su presencia allí era un secreto, y concibió desde luégo el propósito algo péfido de prolongar su estancia, poniendo, si era necesario, nuevas dificultades á su evasión.

Casi vencido en el primer encuentro, si-

muló una retirada, cambiando el rumbo de la conversacion con estas palabras.

—El recuerdo de cosas pasadas nos aleja de la realidad de nuestra situacion presente. El interes que me inspirais me dice que yo no debo permanecer aquí más tiempo.

—Es verdad, contestó Herminia; somos unos locos; hemos perdido un tiempo precioso; mas vuestra advertencia me indica que sin duda habeis encontrado un medio seguro de salvar la vigilancia que nos rodea.

—¡Yo!..... exclamó Miguel; os aseguro que no encuentro modo de libraros de mi presencia.

—En ese caso, añadió la jóven, nuestra situacion se hace sumamente grave; no tenéis salida. Por ahora sois mi prisionero.

—Lo único que me detiene, dijo Lanuza, es el temor de comprometer vuestro nombre; pero discurremos: por ejemplo, pedid vuestro coche y salid con cualquier pretexto. Yo esperaré aquí y aprovecharé una ocasion oportuna, en que sin ser visto pueda saltar al jardin.

—¿Y por dónde saldréis? preguntó ella.

—Escalaré la verja.

—Os verán. Anoche hicisteis una locura, y ahora quereis enmendarla con una tontería. Creedme; no podeis huir, ni yo puedo abandonaros.

Ambos se miraron atentamente. Miguel oía por segunda vez esas palabras, y le pareció notar en ellas algo de doble sentido. Herminia parecia empeñada en sorprender en el rostro de su huésped la impresion que le causaba la imposibilidad de evadirse.

Miguel movió la cabeza, repitiendo:

—No puedo huir ni vos podeis abandonarme; es raro esto.

—Muy raro, añadió ella, moviendo tambien la cabeza. Siento affigros, pero ya lo veis, no hay escape.

En esto sonó en la puerta que comunicaba con la galería inmediata un golpe discreto, que hizo dar á Miguel un salto sobre su asiento, á la vez que la jóven exclamó:

—¡Llaman!

Repitióse el golpe, y la voz de Lord Walbrook resonó detras de la puerta, diciendo:

—¡Herminia!

Ésta se levantó apresuradamente, dirigiéndose á la puerta, y aplicando la boca á la juntura de las maderas, dijo:

—¿Sois vos, Milord?

—Yo, contestó la voz.

Herminia no se detuvo. Descorrió el pestillo y abrió, encontrándose, claro está, con Lord Walbrook, que entró pronunciando estas palabras:

—Perdonadme; hace media hora que he salido de aquí sin despedirme de vos; es una falta imperdonable en cualquiera, y mucho más imperdonable en un inglés, y de todo punto imperdonable en un inglés Lord, y vengo á ofrecer os mis excusas. Diréis que es una impertinencia, pero el rigor de la cortesía lo exige. Es la primera vez que he incurrido en semejante torpeza. ¿No os parece inoportuna esta formalidad?

—No por cierto; porque vuestra visita me saca de un apuro. Entrad, Milord, entrad; caéis como llovido del cielo.

—¿Qué os sucede? preguntó Lord Walbrook.

Buscó Herminia con los ojos á Lanuza,

pero había desaparecido, dejando el sombrero sobre el velador de porcelana.

—Ved, dijo ella, señalando al velador, qué imprudencia.

—¿Es un sombrero!..... exclamó Lord Walbrook.

—Sin duda.

—¡Oh! ya comprendo; me lo dejé olvidado en mi primera visita. No lo extrañéis, Herminia; vuestra belleza es capaz de hacer olvidar el saludo y de hacer olvidar el sombrero.

Diciendo esto, tomó el que estaba encima del velador, y la jóven soltó una carcajada.

—¿De qué os reis? preguntó Lord Walbrook asombrado.

—De vos, contestó la jóven, que teneis un sombrero en la cabeza y otro sombrero en la mano.

—Explicadme esto, añadió Lord Walbrook descubriéndose y presentándole en cada mano un sombrero. Y añadió probándose el que tenía en la mano derecha. Este sombrero no es mio.

—No os puedo decir á quién pertenece,

replicó Herminia, si ántes no os tomáis la molestia de decirme su nombre.

—No os entiendo, dijo Lord Walbrook, teniendo un sombrero en cada mano.

—En el suceso de anoche hay una parte muy importante, que todos ignoran y que vos solo debéis saber.

—Contádmela, murmuró Lord Walbrook, juntando los sombreros y comparándolos.

—No me corresponde á mí ese relato. Entrad en mi ropero y presentadme á la persona que en él encontraréis, porque no la conozco.

Los dos sombreros se cayeron de las manos de Lord Walbrook. Dió un paso hácia la puerta del ropero, y ésta se abrió, saliendo por ella Lanuza.

—Milord, exclamó éste; he salvado su vida de las manos alevosas de un asesino; á vos os toca salvar su nombre de los feroces dientes de la maledicencia y de la calnmnia.

Pronunció Miguel estas palabras con semblante pálido y voz trémula, mientras Herminia sonreía, y Lord Walbrook contemplaba á uno y á otro con mirada atónita.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

CAPÍTULO III.

Ni amante ni cómplice.

Justo será que respiremos por algunos momentos el aire libre, dando aunque no sea más que una vuelta por la Fuente Castellana. Casualmente hace una tarde hermosa y brilla el sol con verdadera majestad, semejante á un boton de oro prendido al manto azul de los cielos.

No nos ofrece la naturaleza por esta parte de Madrid grandes distracciones, ni por los accidentes del terreno, ni por la variedad de las vegetaciones; pero en desquite acude todas las tardes á este largo paseo la flor y nata de la sociedad madrileña, á pié, á caballo y en coche. Y llegamos á tiempo para tomar parte en la general sorpresa de que parecen poseidos los ánimos de los que